

Historia de las ideas y pensamiento iberoamericano

Por *José Luis* ABELLÁN*

MI OCUPACIÓN Y PREOCUPACIÓN por la historia de las ideas tiene un doble origen. Por un lado, de carácter autobiográfico en cuanto resultado de vivencias y experiencias propias en un contacto personal con lo americano propiamente dicho; por otro, como fruto de una serie de elaboraciones intelectuales y reflexiones filosóficas desarrolladas a partir de dichas experiencias.

En lo que se refiere al carácter autobiográfico fue decisivo mi viaje a América en 1960 y el contacto con la Isla de Puerto Rico, donde encontré a muchos exiliados de la Guerra Civil Española y los frutos producidos al contacto con las nuevas tierras americanas. Así aparecieron de forma relevante dos temas decisivos: la idea de exilio, por un lado; y la de América en sí misma, por otro, como objeto de reflexión propia y sus consecuencias.

En lo que se refiere al primer punto muchas de mis reflexiones —libros o ensayos— llevan en el título la palabra *exilio*, profundizando en su significación tanto para la parte peninsular como para la continental. Ambos términos —*España* y *América*— se vieron involucrados en una ecuación que no admite una única solución, y de ello he ido dando cuenta en muy diversas publicaciones.

Precisamente mi estancia personal en América constituyó un eje de reflexión que se abrió a muy distintos horizontes, incluyendo lo propiamente español, que he sabido ver de una manera distinta a la tradicional. Sin duda, en esto fue decisivo en su momento el encuentro con José Gaos, que pasó un semestre en Puerto Rico, durante el cual pusimos en marcha una amistad que no terminó sino con su muerte en 1969. El fruto de esa amistad fue mi adscripción plena a la Historia de las ideas, que no he abandonado en ningún momento y que ha tenido posiblemente su fruto más pleno en mi libro titulado *La idea de América* (2009). Desde este punto de vista, no he dejado nunca de sentirme *americano*, aunque sea a mi manera.

Entro así en un nuevo plano en el que me es indispensable ocuparme de nuevo de la historia de las ideas, aunque ahora desde

* Pensador y ensayista español; e-mail: <jlabellan@gmail.com>.

mi particular punto de vista. En este sentido ha sido fundamental el desarrollo de mi *Historia crítica del pensamiento español* (1979-1992, 7 vols.) que puede considerarse como el marco de mi concepción de la *historia de las ideas* como “momentos de máxima conciencia intelectual” (tomo I, p. 106).

Ese momento marca un hito en mi evolución como historiador que se beneficia de la larga ocupación con las ciencias sociales. Desde este punto de vista, son fundamentales la Antropología cultural y la Sociología del conocimiento. La Antropología cultural lleva a una relativización de la Filosofía y, con ello, las ideas filosóficas, aunque muy importantes, quedan cargadas también de una gran dosis de relativismo, impuesto mediante la nueva valoración y el nuevo lugar que, en general, se asigna a la cultura occidental. No podemos olvidar que la Filosofía, en ese sentido tradicional en que ha solido entenderse, está estrechamente ligada a la cultura occidental y es una manifestación predominante de dicha cultura; el hecho es que la cultura occidental queda relativizada a la luz arrojada por los modernos antropólogos. Al estudiar las culturas de otras sociedades muy alejadas de la nuestra, se ha visto que, de alguna manera, el hombre occidental vive dentro de su cultura, como el pez dentro del agua, para utilizar una imagen muy manida, y que, por lo tanto, no es consciente de ella, de la misma forma que el pez no es consciente del medio en que vive, hasta que el pescador lo saca del agua. En este caso, el pescador es el antropólogo cultural, que al ponerse en contacto con otras culturas nos ha hecho conscientes de que esos otros pueblos viven con una cultura, unos usos y unas costumbres que suponen una peculiar escala de valores, que no tienen nada que ver en muchos casos con la estructura socioeconómica, la organización política y la escala de valores en que vivimos los hombres de Occidente.

La otra disciplina que ha tenido una gran influencia sobre la concepción de la Filosofía es, como decíamos antes, la Sociología del conocimiento. Es ésta una disciplina que estudia la base social o económica de lo que, en términos generales, podemos llamar conocimiento o, con palabras de nuestro tiempo, la base social de las ideologías, englobando dentro de éstas toda clase de saber. En general, todas las manifestaciones culturales del hombre, sean cuales fueren, caen bajo el ángulo de estudio de esta disciplina, que por eso se ha llamado también Sociología de la cultura. Analiza y estudia ésta los impulsos, los intereses, los instintos y las necesidades que están por debajo del conocimiento y de la cultura humana,

y que actúan en su formación. Al ser las estructuras sociales y económicas aquellas que recogen de forma directa la expresión de dichos impulsos biológicos, la Sociología del conocimiento ha de prestarles especial atención, puesto que de alguna forma condicionan al saber humano en su más amplio sentido, y al saber filosófico en un sentido más restringido. Por eso, los problemas que el historiador de las ideas debe plantearse, siendo esencialmente filosóficos, se asemejan cada vez más a los problemas del sociólogo, y así, el paso de la Sociología del conocimiento a la Historia de las ideas se hace cada vez más frecuente y familiar, si bien no debemos olvidar que el historiador de las ideas es siempre más un pensador que un narrador.

Una vez definida y caracterizada la Historia de las ideas —contrapuesta a la historia tradicional de la filosofía— se imponía hacer una relatoría de cómo afectaba la disciplina a América Latina en su conjunto, y así resultaba imperioso hacer un seguimiento país por país. Una vez definido este propósito pronto cobré conciencia de su inviabilidad, dado que cada vez que entrábamos en el estudio de un país determinado cobrábamos conciencia de su pertenencia identitaria a un conjunto mayor. Así, por ejemplo, ocurría con lo caribeño, el arielismo, el antipositivismo, lo mediterráneo, el indigenismo, lo autóctono.

Por supuesto que era necesario afrontar todos estos conceptos, pero no lo era menos inquirir en la identidad propia de cada país en particular. Y así de una reflexión conjunta sacar las conclusiones correspondientes.

Por ello me ha parecido que, en una labor que llevo ejerciendo durante más de cuarenta años, he podido contribuir a perfilar la cultura del continente iberoamericano como una de las aportaciones más singulares a la cultura de la humanidad.

Madrid, 2 de marzo de 2017